

MONJES, SANTOS Y VICIOS

Alfredo Joignant

Desde hace algunos años, se ha impuesto en Chile una pesada sospecha sobre los vicios de quienes nos gobiernan y representan. Qué duda cabe: la política no ha sido avara en esfuerzos para que hayamos transitado desde la sospecha de inmoralidad a la certeza sobre la ausencia de virtud. Pero más profundamente, hay algo raro y tóxico en las renunciadas y abandonos de no pocos cargos de gobierno y representación.

El último caso fue el de José Viacava, quien no alcanzó a asumir la subsecretaría general de gobierno por haber sido rebotado un incidente, distante en el tiempo, en el que fue sancionado por haber infringido normas reglamentarias de una universidad en el contexto de una investigación académica junto a un par de colegas en la que no se cumplieron acuerdos y requisitos de buena conducta entre pares. Dicho de otro modo, una sanción en el mundo universitario tuvo consecuencias en el mundo político. ¿Es razonable?

No.

Más allá de este caso, sobre lo que cabe interrogarse es acerca de la conexión entre esferas distintas en diferentes momentos del tiempo para juzgar la valía de una persona a la hora de ocupar un cargo de confianza política. Si a una persona se le retira la confianza para ocupar un cargo político debido a su desempeño en otra esfera, entonces lo que cabe hacer es justificar públicamente esa “caída en desgracia” (una expresión elocuente en el mundo comunista para ilustrar fenómenos de desconfianza del partido en el militante otrora ejemplar), argumentando sobre lo que se juega entre una y otra esfera. El problema es aun más complejo si la conexión entre esferas implica años de separación.

¿Qué es lo que subyace a las imputaciones de demérito en casos en donde el reproche no tiene nada de evidente en la frontera que separa a una esfera de otra? Pues bien, una definición moral de los atributos del cargo, de la que ha sido protagonista no siempre razonable el propio periodismo. Una definición, dicho sea de paso, profundamente vaga, en la que no se explicita nunca la naturaleza de la virtud que es exigible (más de alguien alegará un misterioso “virtuosismo republicano”, cuyo contenido preciso desconozco), ni menos la pertinencia del vicio denunciado en una esfera (pongamos por caso la académica) respecto de otra esfera (por ejemplo la política): ¿qué tiene que ver lo uno con lo otro? Aun más: más allá de la redención que el olvido siempre hace posible, ¿cómo redimirse antes de que el olvido realice su obra? ¿Es suficiente alegar que las páginas de un diario o la pantalla de un canal de televisión estarán siempre abiertas para quien quiera defenderse? ¿Hasta qué punto el dato de contexto que apasiona al periodismo es productor de injusticias cuando no se aclara la conexión entre esferas?

De seguir por esta senda, ni los monjes podrán orientar la vida de una comunidad de creyentes, y menos los santos, quienes sin duda experimentaron en algún momento de sus vidas alguna baja pasión cuando fueron humanos.